



# MANDRAGORA

Núm. 3

SANTIAGO de CHILE, JUNIO de 1940

\$ 1.00

## Notas sobre la poesía negra en Chile

HOY como nunca, el juego de las afirmaciones y negaciones desempeña un papel preponderante y fundamental, dentro de la trayectoria del pensamiento. Y es particularmente en la poesía, donde esta lucha adquiere tonalidades de más alta violencia, porque siendo ella, la expresión total y repentina de la realidad, pone en movimiento todas las fuerzas —aún las más ocultas y deleznables— que determinan en su conjunto, los actos del hombre. Los viejos valores, que en otro tiempo ejercieron o pudieran ejercer influencia en el terreno de la poesía, son hoy sometidos a una rigurosa revisión, de la cual es posible que se extraigan algunas ideas que han de servir de línea de conducta para una modalidad resplandeciente de la vida, o bien son lanzados repulsivamente a la más repugnante de las tumbas. No existe el juego de las banalidades poéticas del a priori.

En Chile, como en toda América, el problema de la tradición poética, adquiere caracteres desconocidos, para las nuevas generaciones de Occidente. Ellas, allá, han tenido algo a que vincularse, como también han tenido algo en contra de lo cual lanzar gritos de protesta; algo que exhalar, algo que destruir, consecuente con esa necesidad que siente el ser de manifestar su vitalidad, ya sea negando o afirmando. En cambio, las generaciones americanas del presente, poco o muy poco hemos tenido hacia donde dirigir nuestra vista, en el terreno de una cultura autóctona. Dejando de lado, la ilusoria gritería de algunos americanistas de segundo orden, durante los siglos anteriores, merecen sólo destacarse los nombres de Edgar Poe y bajo ciertas reservas y en otro sentido, los de Rubén Darío y Walt Whitmann. (Naturalmente, que excluyo el caso de Isidoro Ducasse, cuyo nacimiento fortuito en tierras americanas, no modifican en manera alguna la índole de estas apreciaciones). Lo demás, falso clasicismo, falso romanticismo, academismo sin remedio.

Es este orden de cosas, el que logra transpasar los límites del siglo XX: son momias que quieren hablar desde la ultratumba. Inútil esfuerzo. La

voz no saldrá de sus pechos. Vanos homenajes, vanas las solemnidades oficiales: al primer soplo, ellos ruedan por el suelo fulminados para siempre.

Sin embargo, es preciso hacer notar, que junto a estas letrinas de la poesía, se han levantado ciertas voces —que si bien, no corresponden a una línea que abarque al hombre en la totalidad de sus actos, especialmente los sancionados por las leyes y la moral imperante— ellos, se han levantado en actitud de beligerancia, manteniendo con el medio una abierta lucha en ciertos aspectos.

Es así como la trayectoria de la poesía, es más o menos la misma, dentro de todos los países de América. Chile, no logra tampoco escapar a esta generalización. Su siglo XIX y todo el tiempo hacia atrás, es realmente pobre. Es sólo a partir del presente siglo, cuando han empezado a formarse ciertos valores de alguna relativa significación, y cuya influencia, en un sector del público, ha logrado rebasar las fronteras nacionales. El juego sigue adelante, y mientras los más se ahogan en un mar de calumnias y de pequeñas discusiones de café, una parte de la juventud intelectual, se levanta desvinculada en forma absoluta de estos valores, no obstante los innumerables recursos agotados, para hacerlos figurar bajo la sombra de ellos. Sus cabezas de "maestros" quedan repentinamente flotando en el aire. Esta desvinculación no ha podido ser, sino una consecuencia lógica de las posiciones adoptadas por estos "maestros", ya que unos —tal vez los de mayor valor— han dado una representación unilateral del mundo, mostrándolo únicamente en el aspecto afirmativo, bueno, blanco, en el sentido convencional vigente. Los otros, se han ahogado en un verbalismo ignorante y desenfrenado o se han entregado en forma miserable a las exigencias de un público imbécil.

Dentro de este orden imperante de cosas, la POESIA NEGRA debía ser proclamada, por un grupo de poetas, abanderizados bajo la denominación de MANDRAGORA. En efecto, el 12 de Ju-



lie, de 1938, Braulio Aronaz, Teófilo Uda y otros, junto a una lectura de poemas nuestros, debíamos hacer pública una exposición de principios sobre poesía y en general, fijar nuestra posición con respecto a todos los problemas que afectan al hombre. En esa ocasión, no obstante, nuestra violenta ruptura con todas las normas de conducta y de los valores establecidos, el público asistente —incapaz de la menor protesta— hubo de reportar todos nuestros ataques, lo que dejó en evidencia, que precisamente estábamos hablando sobre cadáveres, imposibilitados ellos, en forma absoluta, para reaccionar.

Estas declaraciones —fruto de conversaciones, lecturas y meditaciones sostenidas en común durante muchos años anteriores— hubieron de empezar con un llamado, para efectuar una revisión completa de los valores poéticos universales de todos los tiempos. Esta revisión, debía efectuarse con un criterio en que todas las fuerzas íntimas del ser —sin exclusión de ninguna de ellas— debían ser tomadas en cuenta. Era a la verdad, una exigencia, cuyos precedentes se remontaban a los mejores tiempos —a unos en que no rompía con un pasado, entregado a base de simples convenciones— del clasicismo, del romanticismo, del simbolismo, del dadaísmo, del surrealismo. (1) Obodecía ella a la necesidad palpitante que siento todo ser de constatar hasta qué punto el pasado vive en nosotros, hasta qué punto ciertos valores nos transmiten sus ideas y actitudes, haciéndose, sangre en nosotros.

De esta revisión debía resultar, que nosotros constataríamos, que estábamos totalmente desvinculados de la poesía de nuestro país, y en general, de la poesía de las naciones americanas, para encontrar, al contrario, un nexo de continuidad con otras literaturas, especialmente europeas. 2) Así debíamos afirmar, entre los autores de nuestras preferencias, cuyos nombres de algunos, en este momento bailan en la punta de mi lengua: el de Dante, Shakespeare, John Ford, Marlowe, Swift, Young, Swedenborg, Baudelaire, Lewis, Baudelaire, Rimbaud, Lautréamont, Mallarmé, Achim von Arnim,

(1) Para nosotros, el surrealismo es lo que para Baudelaire fue el romanticismo: la expresión más reciente de la belleza.

(2) Cierta sector de la juventud "intelectual", ha buscado su punto de apoyo en autores "modernos" españoles. Eso solo hecho, da la nota de cuanto ellos valen. Por ejemplo, el erotismo de nuestros romancistas y otras basuras por el estilo.

Swinnburne, Jarry, Roussel, etc., y aquí en América al nombre sólo de Edgar Allan Poe. (3)

En forma paralela, señalamos la necesidad de someter a un riguroso análisis algunos fenómenos y experiencias, a fin de ubicar el hombre con respecto a la sociedad, y en general, frente al universo. Ello, hubo de lanzarnos, primeramente a la investigación del principio fundamental, del principio generador, determinante de todos nuestros actos. Después de muchas búsquedas, debíamos llegar a la conclusión de que este principio era el placer. No titubeamos en declarar nuestra conformidad con el Young de las NOCHES: "El placer es el padre de las virtudes y de los crímenes de la tierra: él nos hace desafiar la infamia y los tormentos; por él, descamamos entregarnos en los brazos de la misma muerte, precipitándonos a ella. Así, este déspota del universo es mi maestro: el placer es el objeto de mis cantos melancólicos". Más adelante, el mismo Young, preguntándose lo que es el placer, habrá de decir: "Es la virtud bajo un nombre más feliz". ¿No es acaso, todo este el reconocimiento de un estado de cosas, donde ya no es posible distinguir en el orden moral, entre virtud y crimen? Desde qué punto de vista, estrictamente filosófico, es lícita la sanción de este último? Es admisible, a trueque de ciertas comodidades de orden utilitario, la negación de la felicidad; que el hombre puede sólo encontrar mediante la realización de ciertos actos que en la línea del placer signifiquen expresiones de éste? (4) Nosotros respondimos categóricamente a esta pregunta, enfrentándonos, presentando campo de batalla a toda voluntad que tienda a coartar la libertad humana. Aun más, ¿con qué derecho entorpecer el pasado fantástico y atormentado de un Isidoro Ducasse a lo largo de la rue Vivienne? ¿No es acaso su angustia, tan legítima como el derecho de derecho de cortar la mejilla de un niño o de la contestación brutal a una inocente de diez años? Entonces, ¿por qué Lautréamont se le llenan los ojos "de una llama latente y lanzan centellas dolorosas", mientras que en sus orejas parece resonar el ruido del cañoneo, "cuando una mujer con voz de soprano, emite sus notas vibrantes y melódicas"?

Es justamente con el auxilio de la psicoanálisis, que es posible desentrañar el sentido de la angustia. Si ella es, como lo afirma Freud, una reac-

(3) Próximamente publicaremos nuestro "Boletín bibliográfico de la Poesía Negra", que comprenderá todos los países y todos los tiempos.

(4) Lo bueno es todo aquello que lleva al placer; lo malo, lo que se opone a dichos actos.



ción del yo frente al peligro, preciso es aceptar, que Lautrémont se siente asediado por mil peligros. Tan grande es la tensión de su espíritu, tan grandes pasos sobre el campo, ver aún la lámpara que parece que de un momento a otro estallará en mil pedazos por el cielo. Aún me parece oír sus grandes pasos sobre el campo, ver aún la lámpara que corre en la noche al fondo del Sena. ¡Maldoror, soy yo quién te habla! Soy yo, el que desde hace veinte mil años no ha deseado otra cosa que estar al lado de tu trinchera resplandeciente. ¡No en vano han sido tus locuras delirantes, no en vano ha sido tu inocencia de jaguar! Hoy las hidras son más hermosas y más crueles que otros años. La vida lo golpea los ojos, como una reina condenada a presidio perpetuo, graba sobre la pared el nombre de sus amantes. ¡Era yo, o la soledad o la locura, el que tocaba hoy a tus puertas! ¡Es que son estas puertas que yo abro, las puertas de la locura, del amor o del sueño!

Por lo que respecta a la locura, la fría lógica que rige todas sus expresiones, debe ser ubicada. Igual que la del sueño, en el plano de las delimitaciones entre lo real y lo irreal. Ella entraña siempre un grado superlativo de grandeza y majestuosidad. ¡Por qué he visto yo esta noche a una mujer hermosísima lanzar injurias sobre el mar! No, precisamente no, no es el estado de "cordura" el que pone de manifiesto la lucha formidable entre el instinto y la razón. Por el contrario, es esta zona circundada por espantosos peligros, en ella, donde los problemas alucinatorios, el amor, la locura, el sueño, el mundo sobrenatural, giran en un torbellino horrendo, y que en último término van a constituir la médula misma de la vida. No dejo yo de recordar las páginas inolvidables de "Aurelia" de Gerard de Nerval, cuyo parentesco en la línea de lo maravilloso y alucinatorio va estrechamente enlazada a "Ligeia" de Poe y a dos cuentos de Achim von Arnim, "Isabel de Egipto" y "Los herederos del Mayorazgo".

Que el amor, tanto en sus formas pecaminosas y execrables, como cuando él se expresa en formas puras, se alimenta en su clima obsesionante, del mito, de los fantasmas o de la magia, eso es evidente. Pero a estas regiones no se arriba sin dolor. No pocas torturas, todas ellas en estrecha relación con las partes más sensibles del cuerpo serán necesario soportar, para llegar a volverse mago. Yo leo en la "Isabel de Egipto": "Pero, por más que esta fue una de las más simples operaciones de la magia, ella presentaba, sin embargo, extremas dificultades. La magia, en efecto, demanda un rudo aprendizaje. ¡Quién podría hoy afrontar todas las pruebas a las cuales es preciso

someterse para tener la mandrágora? ¡Quién podría cumplirlas con éxito?" Y a esta pregunta, la respuesta que sigue: "Es preciso una joven que amo con toda su alma, que olvidando todo el pudor de su rango y de su sexo, desee ardientemente ver a su amado..."

No dejo yo de sorprenderme de las palabras proféticas de Rimbaud—se entiende del Rimbaud anticristiano, que reniega contra la familia, la moral y las leyes—"pero se trata de hacer el alma monstruosa". En efecto, estas palabras de Rimbaud, tienen la virtud de presentar el problema, en su punto más candente. Puesto, que la crueldad, el vicio, el crimen, el mal congénito, la violencia, sirven para poner en evidencia la vida, es señal que ellos no son sus contrarios. Por la inversa, la práctica de estos actos, implica una intensificación de vitalidad, si no, ¿cómo explicarse que los ejemplos de la crueldad, del crimen, del mal congénito o de la violencia, produzcan mayores efectos que los de la virtud? Las mejores páginas del Danto, las más intensas, las vividas, son las que él habla de las torturas del hombre en el Infierno; Swift, lleva el refinamiento de la maldad hasta en los actos cotidianos, los más insignificantes; Lewis, se regocija desflorando a una doncella, dentro de un sepulcro, rodeado de cadáveres; Young, es sublime, cuando habla de las tinieblas y del placer; Hade, es profundamente lúcido, cuando deja hablar a sus héroes, el marqués de Brexac o a la Dubois en las torturas de Justina; Baudelaire, es el "rey de los poetas" cuando escupe sobre la moral; Swinburne es exquisito, cuando deja arrastrar su sensualidad, por instintos crueles; Lautrémont es ángel, cuando sueña en un mundo poblado de piojos, como granos de arena tiene una playa, torturando al género humano, y en muchas otras ocasiones, etc.

Yo amo a la mujer; pero, por sobre todas las cosas, amo con todas mis fuerzas a la Mathilde del "Monje" de Lewis, a la Dubois, a la Marquesa de Brinvilliers y su maravillosa "recette de Ginger", a la Violette Nozière, no en vano cantada por el superrealismo de esta hora. Amo a mi madre, porque veo en su alma, el desarrollo, de los más puros sentimientos de maldad y de dureza de corazón. Lo juro, que es esto la única razón que me atrae hacia ella. Amo a los criminales, que sin descansar siquiera un minuto, durante cinco años, fraguan un crimen a la perfección. Amo a los viejos sabios, que inventan los métodos rápidos de la locura. En fin amo a la gente que odia a los burgueses, a los pollecos y a los cristianos. Yo afirmo la libertad absoluta de todos los instintos del género humano. Yo exijo, a los propugnadores de



sanciones, que se me demuestre, ¿cuáles son en último término los fundamentos del crimen; con relación a qué la sociedad declara su repudio; qué es lo que se antepone una vez desterrado definitivamente de la tierra? Mientras el argumento de Sude, no sea destruido, en orden a que el crimen no es contrario a las leyes de la naturaleza, toda medida de repudio, será tachada de injusta. En efecto, si ante los ojos de la naturaleza, cada ser, cada animal, vegetal o cada cosa, está dotada de una cantidad fija de energía y dicha energía es imposible de destruir, el atentado que se efectúe sobre un semejante, no significa esto, su aniquilamiento, puesto que él se reproducirá en una mosca o en una lechuga; no significando, por lo tanto, otra cosa, que un simple cambio de formas. Ahora, como hasta el momento no se ha demostrado que para la naturaleza existan formas de un valor superior a otras, sino que por el contrario, todo lleva a pensar, que ante sus ojos, todas tienen un mismo valor, no se divisa la razón por qué el cambio de un ser en otro, pueda ofender a las leyes de la naturaleza. Todo esto, por lo que toca al aspecto filosófico del asunto. Ahora, si nos detenemos a considerar el proceso psicológico que se realiza en el ser, desde los orígenes de la angustia individual hasta el tránsito de ella a las expresiones de violencia, los fundamentos invocados, para la sanción de estos actos, pierden todas sus fuerzas. En el orden moral, sólo podría quedar en pie, la legítima venganza. Entiendo yo por legítima venganza, la disposición espiritual del hombre, que habiendo llegado su angustia a un coronamiento tal, le permite manifestarse, en un sentido negativo para los valores establecidos, bajo ciertas expresiones, tales como la risa, el terror, o: suicidio, la revolución llevada a todos los órdenes de cosas. (5) No viene a ser, por lo tanto la violencia, sino el desencadenamiento repentino, de todas las energías concentradas y dirigidas hacia un mismo objetivo. La ruptura con el medio, se produce al amparo de ciertas imágenes organizadas y desmesuradamente ininteligibles a primera vista. El espíritu ya no argumenta. La razón por lo tanto está saturada. Bastará el menor gesto que contradiga al espíritu, para que él reviente en los actos más brutales, como el disparo, el insulto, la hostetada, el escupo. Yo aplaudo, a esta gente que escupo a sus semejantes en pleno roz-

tro. Yo amo, a los que cogados por la cólera, disparan a las cuatro direcciones. A los que de algún modo, y sin reservas de ninguna especie, lanzan el rayo fulminador contra el enemigo que se aproxima o que se escabulle en la sombra de su propia infamia. Yo no me quedaré al lado de los pacíficos, al lado del animal doméstico, cuya disgregación en el mundo perturba la respiración de mis pestañas. Yo salto por una cadena de peligros; me siento; grito; respiro a grandes trancos, le arranco los cabellos a la noche. ¡oh Ud., querido amigo, tan bien educado como para dejarse torturar o entregarse a una muerte a ruego lento! Sin embargo tú te ríes, ¡entiéndes! te ríes. La risa es el "líquido cualquiera", este símbolo alegre en que tú deambulas por las calles del terror; que te permite marchar por entre una noche terriblemente oscura, coronada la cabeza por una aureola de espanto, mientras un viento, a no dudarlo proveniente de la misma muerte, sopla a través de tus cabellos erizados; te sientes tú entonces perseguido por la idea de un crimen feroz. Este es tu canto, tu hermoso canto, el más hermoso, puesto que es tu instinto que habla por la boca de quinientas generaciones de guvilanes. Desde este mismo instante tus labios serán más eternos que las pirámides de Egipto. Todo será como el risueño y el criminal que sólo cantan en la noche. El canto es ya una risa prolongada. Se prolonga tanto, que yo me atrevería a decir, "socavad los espejos, pues no habéis perdido tu sagrado derecho de vender tu alma al diablo. No tiembles; no pierdas el compás de tus amígdalas hinchadas; que tu mano sea la orden inmutable del terror físico; que tus ojos y tu oído retrocedan ante la visión del terror cósmico; masacra tu cuerpo, cuando el placer te lo exija; suicídalo".

Vuelvo a insistir: si es el terror cósmico, el espectáculo ofrecido a los ojos del hombre, por la caída abismal del objeto, con los consiguientes relámpagos, el suicidio es la coronación de este placer. Yo no lo admito, bajo ninguna otra forma, que no sea la de una afirmación de la vida, como yo la entiendo, es decir, como una sucesión ininterrumpida y ascendente de grandes actos, que tengan por característica la extralimitación del principio del placer. (6)

Ahora, por lo que hace a la Revolución agregaremos: cuando se haya logrado encauzar el sentir de las masas proletarias, bajo la dirección ilimitada del principio del placer, entonces ellas estarán capacitadas para llevar la revolución a todos

(5) Desde los diez años, cada joven debe aprender a dormir con un revólver debajo de su almohada. Seguid este ejemplo: cuando uno de los componentes del grupo MANDEAGORA, toma un revólver en su mano, es justamente para disparar.

(6) Entre los suicidios más simples y que producen mayor placer, yo recomiendo la horca.



los órdenes de cosas. Mientras tanto, el poeta "negro", no ve en la Revolución, sino la realización inmediata de todos sus conflictos individuales, de toda la gama de problemas que le estrangulan. Por lo tanto, él estará al lado de todo acto que implique el desmoronamiento de los principios básicos de la sociedad presente hasta llegar al completo derrumbe de todo el sistema institucional vigente. Por eso estamos contra la burguesía, contra el fascismo — mientras éste sirva de protección a las instituciones eternizadas por el régimen capitalista — contra la familia, contra las leyes, contra la religión, contra la moral y contra los revolucionarios de pacotilla. (7)

La Poesía Negra exige de todo régimen político —y con mucho mayores razones a los regímenes políticos de avanzada— que se proporcione a todos los individuos el mayor grado de vitalidad. Esta vitalidad debe expresarse en una serie de actos ininterrumpidos. La felicidad está en el peligro, amigos míos.

La Poesía Negra, con respecto a la psicopatología, reconoce en ella un instrumento valioso, para la exploración de las zonas oscuras del alma, un instrumento que facilitará al poeta la búsqueda y el socavamiento de su instinto poético, pero se niega categóricamente a someterse a los procesos curativos. Ella no pasará de ser, para el poeta "negro", sino un campo amplio y propicio, en donde podrán tener lugar, las más sorprendentes experiencias poéticas.

\* \*

¿Cómo habrán de ponerse en ejecución en el poema, todos los postulados precedentemente enunciados? — Hasta el momento, el mejor instrumento, el más seguro, consiste en el empleo de la palabra. Ella permitirá la transcripción de todas las direcciones del alma— los estados puros y los execrables. Pero yo provengo a los que por primera vez se inician en el juego desenfrenado de la palabra, a los iniciados en el misterio de la palabra, a los "amateurs" en su uso, de los peligros a que ella arrastra. Al menor descuido ella se transforma de pronto en un nudo corredizo alrededor de las gargantas, y entonces todo está perdido.

Cuando yo dije —y en esto me acompaña el acuerdo unánime de nuestro grupo MANDRAGON— que el poeta debía sentarse a escribir con

un diccionario bajo su mano, pareció esto la herja máxima, y aun se nos llegó a tachar de cierto género de pedantería. Pero a la verdad, se nos juzgó —y aun se nos juzga— con demasiada ligereza por aquellos que hacen de la mala fe y de la calumnia su oficio. (No excluyo a los tontos, que a menudo usan como recurso la bondad). Porque en el momento mismo en que el poeta se decide a escribir un poema, su mente es ya víctima de sus deseos. Bajo su presión, bajo los rayos resplandecientes y fascinadores del instinto, la mente trabaja vertiginosamente: vista, oído, tacto, olfato y gusto están alertas. Aun podría suceder que mi vista —yo doy primacía a este sentido— repasara todas las palabras del diccionario sin que fuera posible detenerse en NINGUNA de ellas —porque el estado actual de mis deseos no encontró sus "moldes"— entonces, yo tendría que repasar toda la escala de SONIDOS imaginables, hasta encontrar el equivalente de mi estado poético. Esto "azar" que dirige en estos instantes mi vista, constituye la clave de mis mínimos actos. Con esta elección se ha dado el impulso inicial al poema, su suerte está ya jugada. En seguida, lo bello toma cuerpo, merced al agrupamiento de las palabras. Será preciso entonces un dominio en los procesos de asociación. ¡Qué sean quebrantadas las leyes ordinarias de la asociación! Lo bello salta a mis ojos gracias al imprevisto, para el que yo he preparado mi espíritu. La imaginación entonces lo invade todo, y mi cerebro y todos mis sentidos se propagan en los más exquisitos deleites. Porque —digámoslo una vez por todas— si alguna vez existió la belleza para la poesía, fué precisamente bajo estas formas alucinatorias del placer.

El ritmo, hasta hace poco, considerado por algunos como el núcleo central de toda poesía, de última instancia en la comprensión y en la penetración de los fenómenos fundamentales del universo —él solo, en estos momentos, no puede ser capaz de dar una "versión" de lo absoluto, que son justamente nuestros deseos— a menos que no llamemos RITMO a nuestra imaginación, y específicamente a los delirios, que son a la locura como el fogonazo al disparo. (8) Naturalmente, yo en ningún caso me he referido a lo que algunos pobres diablitos se han dado en llamar "ritmo", el que consideran —vergüenza da repetirlo— como un simple campanillo.

Reunidos así todos los elementos fundamentales, y adquirida, por lo tanto su objetividad, el poe-

(7) Sería interesante preguntarse aquí en Chile, que es lo que se puede hacer con la mayor parte de los militares.

(8) La base imprescindible de los delirios, radica en la imaginación.



ma se habrá incorporado definitivamente a las fronteras de lo real, con lo que habrá sobrepasado sus mejores pasajes a la historia maravillosa de el simple estado de fuga de ideas — más preciso, fuga del pensamiento. La palabra conservará toda su nobleza, su dignidad; ella en su profundo hermetismo será puro placer, y para felicidad del poema el enigma deberá ser llevado adelante hasta donde sea posible. ¡Serán los mejores tiempos de la poesía!

De un peligro es preciso ponerse también en guardia. El fué en cierto modo señalado por el surrealismo: la introducción de tachaduras puede arruinar el principio de la inspiración total. (9) Sin embargo, estas tachaduras podrían valer por sí, en forma independiente del poema en el cual han sido introducidas. Constituirían algo así como un poema dentro de otro poema. Psicológicamente este fenómeno encuentra su razón de ser, en el hecho de formarse dentro de una misma entidad, dos direcciones simultáneas del principio del placer. Hablando de una manera gráfica, podríamos decir que en este caso habría una superposición de poemas.

El método indicado, permitirá a las generaciones presentes y venideras, la realización de las más sorprendentes creaciones, las más profundas, las más intensas, que jamás ojos humanos vieron en materia de poesía. Si la poesía actual no alcanza el significado que en definitiva nos proponemos, ella no tendrá nunca razón de ser en este continente. Vosotros poetas que pisáis las playas americanas sois responsables!

\* \*

A principios de estas notas cité yo los nombres de algunos de los poetas que trabajan en Chile por la causa de la POESÍA NEGRA. Efectivamente, Braulio Arenas, como ninguno otro poeta, ha logrado en este país, bajo un atmósfera nefamemente poética, una penetración más intensa en las regiones del sueño. Toda su vida, su amor, su locura, su crueldad, su fuerza moral, toda la grandiosa tempestad de sus pasiones, ha sido puesta al servicio de la poesía. No podríamos hacer en él un corte entre la vida real —entendamos transitoriamente vigilia— y el mundo de los sueños. Sólo podríamos aplicarle en este momento la maravillosa fórmula de Gerard de Nerval — "derramamientos del sueño en la vida real". Si no, recordemos su

novela "El Castillo de Perth", en el cual, en ciertos instantes, los hechos de la vida real se suceden con una velocidad superior a la que ocurren los acontecimientos del sueño. Yo enlazo algunos de sus mejores pasajes a la historia maravillosa de Edgar Poe "La caída de la Casa Usher" (léase "El Castillo de Usher") y con él, la Radcliffe y muchos otros, para evitar enumeraciones, forman la cadena de la novela del terror, de la poesía del terror. Un azar desconcertante, las comunicaciones telepáticas, el castillo llameante, tragado por las aguas, todavía están en mi memoria. Y si saltamos de la novela al poema, no dudaremos de la perfección que alcanza su principio inspirador:

Dictadme sueño sacad vuestras armas  
De las norias  
Sacad vuestra luna de prosa  
Negando  
Al último reflejo de la luz disponible  
Asfixiante para nosotros.

Y del sueño al delirio, y del delirio a la locura, todo hace presagiar un clima extraordinario, "bizarro".

Cuerpo sobre el cual te apoyas para escribir  
Con más velocidad que la vida  
Es para él que debo ahora  
Enumerar el ejemplo de las palabras  
Y de la vida que ocultamos es la mejor  
De todas las posibilidades llameantes.

Con no menos dedicación Teófilo Cid, ha ofrecido su vida a las exigencias de esta poesía que no pone límites en el orden del sacrificio. Y esto, porque a ella se opone todo el criterio informante y todos los convencionalismos simplistas de una sociedad que llega al grado culminante de su crisis. Como él dice en su artículo "Continuando con el sueño": "Es preciso la experiencia profunda de la poesía. El crimen, el incesto, lo negro, son manifestaciones más altas de lo absoluto de nuestra personalidad". No creo yo, que haya alguien que pueda aventajarle en este continente en el terreno de la novela y de la relación corta. Su relampagueo estilo, su intensidad, su elegancia, su conocimiento profundo de la literatura, su manera de estructurar lo NEGRO, reservan insospechables sorpresas en todos los géneros de expresión que ha invadido la Poesía Negra; agregado a esto que él es un auténtico poeta, no caerá en el fango de un determinado género literario, defendible la mayor de las veces por el buen o mal uso de la técnica:

(9) André Breton et Paul Eluard. — "Notes sur la poésie". — "Le Surréalisme au service de la Revolution". N.º 12, 1929.



Nada es osadía en este mundo de los muertos  
Los ojos se vuelven adelante  
Las bocas se inclinan hacia atrás  
Queda un aire de marina entre los párpados.

Por mi parte, me he afanado yo en la búsqueda medular de lo diabólico. He intentado con un espíritu profundamente despierto, una penetración de las regiones oscuras del alma. He procurado diseñarlos con un método semejante al de los Rayos X. Esto fué para mí la gran revolución. He podido así decir:

Muertas escupidas con los sueños pervertidos  
Las levaduras al fondo de sus ojos  
Cortar la adormidera la tarándula  
De los buenos amigos  
Y las inflorescencias más espantosas  
Que la misma noche.

He experimentado sobre lo extraordinario. Imaginad a una ciudad moderna invadida de noche por los reptiles. He lanzado la imagen al poema, duramente, despojada de mayores argumentaciones y defendiéndose por sus propios atributos. He intentado una combinación de las sensaciones de repugnancia con las de inocencia. Pude decir así en mi poema LA MERDE SOURIANTE:

Esta vez ella se levanta  
Un gran vaso de pestañas le sirve de alimento  
Baja también su mano  
Pero sus cabellos se transforman  
Lentamente  
En vapores dulces.

Y esta experiencia unida al misterio, y ésta a la fantasmagoría y la fantasmagoría a la videncia y la videncia al amor y el amor a la crueldad y ésta a otra y otra y otra y otra.

Junto a nuestros nombres, debo citar al de Jorge Cáceres, aun muy joven, pero para suerte de su poesía, tocado por la gracia de la Poesía Negra. Ha podido escribir y a la vez transvasar imágenes con una finura propia, veros bellísimos:

Estar entre las fieras de gritos de nieve  
Ellas me saludan  
Ellas son la llegada del océano de un gran día  
El más bello y el más orgulloso pájaro de uvas.

Hoy también derivan toda su fe, su vida, su sangre entera hacia lo negro: Renato Jara, Mariano Medina, Fernando Onfray, Gonzalo Rojas, Carlos de Rokha y Mario Urzúa. Se que hay muchos otros trabajadores silenciosos que irán atlozando en el porvenir, y sin duda alguna nos ayudarán en la liquidación definitiva de toda una corrida de idiotas que se han dado en llamar nuestros "enemigos".

Los tiempos que actualmente corren en el mundo, el orden imperante, la consumación de los valores morales, el fuego, el hambre y el frío exigen una preparación especial para el peligro. Por lo tanto, todo hombre que sienta vibrar en lo profundo de su ser, el instinto poético, debe inevitablemente derivar hacia la Poesía Negra. El que no comprenda el glorioso destino de la Poesía Negra —que es el de toda poesía— es un imbécil.

Enrique GOMEZ.

Santiago de Chile, Junio de 1939.

## EL AZAR NEGRO

En mis pies luchaban el bien y el mal  
Pequeña lámpara del gran día negro  
Que humedece su espejo de alondras  
Yo llenaba mis cabellos de plumajes invisibles  
Cuando la mujer del tercer día cruzó la calle 62  
Fué repentinamente  
Los cabellos de sus senos se hacían invisibles  
Para que la boca vele el sabor de los labios

El sol que me habla ya no la conocía después  
Ese sol de sales cenicientas ya no hila  
El sol que tú llevas es lo que yo ignoro  
Mendiga de sonrisas  
Esas manos de granito  
Que acarician demasiado tarde  
Que yo dejé al pasar.

JORGE CACERES.



# La Transmisión del Pensamiento

La poesía vive de sus palabras, así como el poeta depende de sus ideas. Tantas veces, aquella admirable exaltación mental que pudo generalizarse hasta conseguir la dispersión del universo en trozos fosforescentes, obra a pesar del mismo ser que tenía más a su favor la manera de manifestarla, sin que él mismo haya entrevisto el alcance de ese rasgo descubridor que lo ha hecho dueño de una naturaleza inconquistable hasta entonces. Pero el azar cruza sus armas contra la vieja superstición del hombre de exigir pruebas por adelantado. El hombre avanza por la vida dejando detrás de sí un reguero de representantes suyos, muertos a medio camino. El hace jugar a su naturaleza el triste papel de un decorado de "paperchasse" del cual, él mismo, es la presa perseguida.

El azar, en cuanto él signifique la liberación, para no decir la emancipación total de la poesía, puede ser estudiado, antes que nada, en sus relaciones con la voluntad del hombre y comprobar que de este choque de intereses, lo insólito, lo gratuito y lo maravilloso salen fortalecidos. Pero el hombre desperdicia vanamente esas conquistas experimentales, sin pretender asociarlas al mundo particular que le rodea. Él prefiere seguir un rumbo rutinario y, enardecido por las dificultades que a cada paso le solicitan, trata de explicarlas como debilidades suyas. Y es, sin embargo, sobre este desperdicio de energías, sobre este sobrante de los impulsos anímicos, que nosotros queremos insistir para extraer algunas experiencias útiles a nuestra empresa poética.

Así pues, casi por una dialéctica sutil, se ofrece una nueva forma de oposición y de separación entre los intereses del hombre y de la poesía. Sin embargo, ésta última necesita expresarse aunque sea en contra del mismo generador. En las horas en que la dictadura del espíritu parece triunfante, al poner una mordaza sobre el pensamiento, ésta se escurre latentemente por la mano que escribe sobre un papel, produciendo, fortuitamente, una distorsión de las ideas en un texto cualquiera y marcado su paso por breves períodos de frases, las que, sin el menor arreglo posterior de la memoria, pueden conducirnos a establecer fidedignamente lo que para nosotros constituye la materia principal de toda observación poética: el azar como fuente imaginativa de lo real.

Se trata, pues, de restablecer un texto dictado por un representante nuestro que actúa desde la posición más extrema, desde la imaginación, desde el delirio o desde el mismo azar. Puede objetarse, seguramente, que esta suerte de dictado no puede ofrecer sino un escaso interés ya que este ser interviene desde una posición sobre natural o artificial, es decir falsa. Pero, a esto podría replicarse que nosotros aceptamos la denominación de sobrenatural y maravilloso sólo en cuanto esto nos fortifica en la creencia que esos elementos, mal estudiados hasta el momento, tienen la validez de los objetos incorporados a una vida "real" desde el mismo momento que una convención semántica les dió origen. Exigimos, pues, que ellos sean tomados en cuenta, así como podrían serlo (y esto lo proponemos con la esperanza anticipada de no ser aceptados) aquellas emanaciones que un fuerte delirio hace brotar de un cerebro, o aquellas figuras que, en el sueño, se desenvuelven con tanta perfección temporal.

Darle la importancia que estos términos se merecen ya significaría que se está dispuesto a llevar adelante la encuesta — sobre cuya puesta en marcha nosotros hemos insistido demasiado quizás — que se refiere a una aclaración definitiva a propósito de la separación antagónica y tan especial del mal y del bien, de la razón y la locura, etc., divisiones totalmente absurdas sobre las cuales estamos dispuestos a mostrarnos intransigentes en su mayor grado y sobre las cuales hacemos recaer, en gran parte, la responsabilidad de la actual descomposición que gobierna al mundo, tanto en el campo social, como político y religioso, y cuyo origen hay que buscarlo en la arbitraria dualidad del destino humano.

Como demostración de lo expuesto anteriormente podríamos asegurar que en poesía nadie sabe para quien escribe. Esta afirmación ha sido la base de todas nuestras búsquedas durante los últimos años, atribuyéndole una importancia decisiva para la solución de los trabajos a que nos hemos dedicado.

Todos los descubrimientos de ella, toda su bella actividad mental, para la cual estaba dotada, no ha tenido otro valor para el hombre que el de hacerla ver como un refugio hacia el cual se precipita con ciega obstinación.



La poesía, con desinterés, actúa sobre el poeta que, inconscientemente, se ve forzado a elegir su propio camino, su propia salida. Esto mismo podría formularse a través de las contradicciones de un ser (el poeta) que hace un llamado a todas las fuerzas degeneradas que le obligan a manifestarse, para saber, precisamente, si esas fuerzas corresponden a la voluntad de un dominador cruel, o si son únicamente la proyección de la realidad suya.

Hombres, para quienes un interrogante preciso es tan necesario como su respiración, se preparan, en virtud de haber formulado ese interrogante, a ser la presa de sus propias revelaciones. Pero, esto que podría significar un acto pasivo a los ojos de los demás es de la mayor fuerza siempre que sea evidente que un poeta a lo que se destina es a resolver un dilema de orden esencialmente dialéctico, al admitir, como primera condición, la afirmativa que la poesía es una verdad polémica, lo que hace suponer, necesariamente, la intervención de dos interlocutores, la del poeta y la de un ser que lo emplaza allí donde los sentidos del hombre no alcanzan a llegar. Esto se informa al primero, lo guía, le alimenta, lo hace vivir, amar, respirar y soñar, le pervierte y le contradice. El hombre definiendo su propio postulado terrenal, pero es el mundo quien se alza con horror cuando lo ve llegar a un acuerdo con ese representante "tenebroso" y a admitir como exactos todos los problemas derivados de ese conocimiento.

Sin embargo, son estos problemas "malditos" los que marcan la mayor fuerza de oposición y de libertad frente al hombre voluntariamente encadenado, como otro Ubu. El poeta, entonces, elige su propia liberación mediante cualquier extremo, mediante cualquier palabra.

Pero las palabras, así como las ideas, no nacen solas sino que acompañadas de su contradictor, de su muerte. Aunque la poesía se expresa sin testigos (siendo ella misma un testigo) un desprendimiento, una emanación extraordinaria se produce físicamente en el poeta quien, de pronto, como si una revelación lo maravillara, como si un éxtasis lo sobrecogiera, mira con ojos lícidos, que muy poco le pertenecen, y que cada vez más van asentando su poder emancipador, en una especie de acto — por parte del poeta — de entrega de armas, de vela de armas, frente a lo que él considera legítimo, seductor y maravilloso.

Esto no podría tener otra idea para su explicación que la imagen que algunos sueños proporcionan, en la que una mujer "desprendida como una pluma del cuerpo de una gaviota" intenta desviar y dirigir el sueño (como la evocación mágica de los andróginos), tiene la validez del estado de maravilla frente a lo que el poeta admite como su rea-

lidad, la que se traduce en el estado de furor frente a la vida opaca. Este furor ha primado a lo largo de toda la poesía, y durará hasta que la oposición del mundo haya sido superada. El es una forma de conocimiento o de protesta.

El furor poético, que ha tenido su origen en la destrucción de los testigos, siempre para la validez de la poesía, ha sido el más exigente adversario del mundo podrido que lo rodea, llegando a buscar las formas de la política revolucionaria para hacer más inmediato su ataque.

Aparte de esto, es inútil pretender que la única manifestación de este conocimiento sea, siempre en su expresión poética, el lenguaje escrito. También (y es a menudo) el hombre que no puede mantener en su cerebro la saturación de los elementos dispersos que lo solicitan y que constituyen para él el centro de toda poesía, se siente impulsado a recurrir al lenguaje verbal, a los actos espontáneos, a miles de formas de aprehensión "real" de ellos, para formularlos según el grado de intensidad que alcancen en él. La muerte, el crimen, el suicidio, el sueño, el amor, el placer, la poesía, la locura, la fuga, la revolución, el automatismo, el trasplante, la moral, no son vanos antecedentes para su búsqueda.

Ellos le permiten operar en un universo desconocido, donde las fuerzas instintivas no tienen que capitular frente a la realidad, donde los fenómenos que de ellas se derivan se desenvuelven ahí con precisión.

Estas ideas básicas para todo conocimiento de la poesía, puesta ella en su punto alto donde se la admite con amor o se la rechaza con violencia, casi no necesitan defenderse, aunque ya el simple hecho de ponerlas en circulación obliga al mundo a arrojar fuera de su seno a los hombres que las mantienen. El hombre libre, el hombre que piensa poéticamente, es para la sociedad actual, por su inconformidad y su crítica adversa, el más latente de todos sus problemas, pues él plantea la separación y la investigación sincera del bien y el mal, de la virtud y el crimen, colocándose, por esto solo, automáticamente al margen de toda ley. Frente a ellos el mundo trata de vencerlos, con la aquilación o con la masacre.

Pero en la ilegalidad poética, que es donde nosotros trabajamos, todo es allí natural, alucinante y perfecto.

Las posibilidades de la poesía en ese terreno son numerosas. Ella debe obrar con el máximo poder subversivo, echando mano de todos los recursos, para conseguir poner orden y vida sobre el mundo — sobre lo que nosotros creemos que es el mundo. Por esa razón, es con necesidad que debemos entrar a este presente, tomando para nosotros la tarea de su descubrimiento, de las maneras de ven-



cerle y de las consecuencias que comporta el abrir las puertas a esos elementos del terror y de la poesía.

Necesitamos, por lo tanto, volver a exponer todos estos principios libertadores que, en una forma u otra, se han expresado por la boca del grupo de la Mandrágora. Este grupo, cuya actividad creadora se manifiesta históricamente desde 1935, ha creído oportuno sistematizar aquí sus postulados que hasta ahora corrían dispersos en folletos y revistas. Ellos son esencialmente de índole poética, por coincidencia de pesimismo de sus autores. Este mismo que ya lo podría prestarse a una interpretación dudosa de parte de sus críticos, será defendible—cuando ellos aleguen a propósito de la limitación de semejante sistema—cuando se asegure que la poesía ha sido considerada por el grupo de la Mandrágora como un fortuito punto de partida para abarcar, en el transcurso del desarrollo de sus componentes, todo un vasto programa que investigue, en forma precisa, las más alejadas relaciones del ser con el universo y con el pensamiento que lo determina. Pues, por mucho que el hombre haya gustado hasta aquí la satisfacción de enfrentarse a las más diversas formas de acechanzas — tanto físicas como intelectuales que le solicitan — la certidumbre que en esta oposición al mundo no ha empleado sino las armas que le proporcionaba su propia naturaleza, es lo que convence a nuestro grupo que hoy más que nunca deberá tender su esfuerzo y su curiosidad (para no decir su esperanza) a investigar el aprovechamiento de fuerzas favorables que le ofrece el mismo universo en esta lucha contra el destino.

Semejante aprovechamiento de fuerzas, las que hasta ahora carecían de valor — a menos que no poseyeran una jerarquía inconsciente — es lo que proporciona a la poesía un espacio mucho mayor y una seguridad de mejor desarrollo. La poesía, en su carácter de relacionadora del ser con el mundo (no precisamente de este mundo considerado como campo de picnic) vuelve, por lo tanto, a interesar a determinados hombres, los que, agrupados en torno de cierto programa realmente investigador, la anteponen con una protesta a un mundo que se organiza de la manera más detestable.

Por lo tanto, no creo que sea justo el reproche que se nos formula con respecto a la unilateralidad de nuestro grupo. Nacido él bajo el signo de la vida, debe aceptarla con todas sus transformaciones y todas sus consecuencias. Profundamente revolucionario (idea y acción que nosotros queremos reivindicar en toda su pureza) se ha preocupado de estudiar la forma en que se puede hacer más certero y definitivo su ataque a la actual sociedad capitalista, encontrándola en las grandes disciplinas del marxismo y del materialismo dialéctico, a

los cuales el grupo de la Mandrágora prestará siempre su más inquebrantable adhesión.

El hecho mismo que hayamos permanecido indestructibles en medio de los grandes derrumbes que han tenido lugar en estos últimos cinco años — síntoma claro de la gran descomposición del actual régimen — no hablará sino muy favorablemente de la sinceridad de nuestra posición.

El hombre nace, vegeta y se muere. El pavor que se siente frente a la acción, a la lucha y a la dialéctica, le conduce necesariamente a encerrarse en una prisión vegetativa.

✱ ✱

Alrededor de lo que a nosotros podría inducirnos a abandonar la sugestión y la actividad mental de la poesía (abandonar sólo en cuanto él nos sirva para fortalecernos en la certidumbre de que un opuesto a la poesía no contribuirá sino a enriquecerla) por la menor experiencia que pueda reportarnos el beneficio de una contradicción suya con la palabra, se tiene que jugar definitivamente la fijación de las materias poéticas que nos preocupan. Aunque esto signifique la abolición de la poesía, en cuanto objetivo, es por necesidad cruel que debemos emplearla para proyectarnos con todo nuestro pensamiento, sin admitir la menor tutela sobre su nacimiento y desarrollo. Sólo de este modo se explica que el acto poético de dar la muerte llegue a ser idéntico al acto de dar la vida, ya sea al tratarse de un ser como de una palabra, antigua y querida discordia humana, aun no resuelta, ya que sobre ella se han acumulado la taras de la metafísica, de la medicina, de la religión y de la moral circulante, y cuya resolución algún día, estoy seguro, no constituirá novedad para los hombres.

En este preciso momento, sobre cuál sueño, sobre cuál locura es preciso insistir para que el presente que nos fulmina — en fuerza de estar aliado a las peores prerrogativas del capitalismo — se abra y desprenda de sí la verdadera solución de la vida?

Son preguntas éstas que nosotros nos queremos responder revolucionariamente, pero que aún, en idea, permanecen como enigmas intocables.

Reclamamos, pues, una resolución pronta, una superación de todos aquellos postulados duales que tanto tienen que ensombrecer el sueño y el pensamiento del hombre; o, cuando menos, que se crea en la sinceridad con que nosotros hemos resuelto esta antinomia, para trabajar limpiamente.

A nadie se escapará la importancia que tiene conciliar, en cierto modo, la tendencia instintiva del hombre de buscar los más remotos antecedentes de su pensamiento, con la del lenguaje revelado. En este verdadero combate entre el hombre y su des-



tino, la poesía juega un papel principal. Ella interviene como el centro mismo, como el nivel precioso donde se debaten estos pensamientos. A ella no podrá escapársele ninguna de las prerrogativas del saber, al ser ella misma quien da origen al conocimiento y, por lo tanto, nosotros, a cuyo estudio estamos destinados, queremos aprovechar la menor ocasión para difundir, siempre en la medida posible, los aportes que hayamos conseguido.

Se nos podrá objetar que nosotros queremos circunscribir el alcance de la poesía a un triste rol documental, habiéndonos arrojado ahí por nuestra misma incapacidad para expresarnos en otra forma. Pero están los trabajos de todos mis amigos de la Mandrágora para responder. Aún más, sin ánimo de entrar a polemizar con los que de esta manera nos tachen, diremos que acumular antecedentes sobre las propias experiencias poéticas ha sido una de las principales tareas a que todo verdadero poeta está destinado.

Los resultados, que no siempre serán satisfactorios o, más bien dicho, que a veces no responderán a su inmediato calificativo, nos servirán para seguirlos a través de un semejante LABERINTO; estarán a simple vista marcados por el sello de la exageración; traspassados por nuestra persona.

Hemos creído oportuno dedicar perseverantemente todos estos años a resolver y superar en nosotros todas las trabas con que la actual mentalidad burguesa pretende detener la marcha del pensamiento transmitido, del pensamiento liberador. Conseguido esto (y una vez más será necesario consignar que nuestro grupo de la Mandrágora jamás ha puesto su tónica en el éxito o en el fracaso como entidad) no nos queda sino asegurarnos a examinar otras materias derivadas de este problema que nos preocupa.

Braulio ARENAS

## La mano del instante

Igual destello de hierbas provisorias  
De árboles escritos a diez ojos a la redonda  
Igual ahora de viento y crujido de párpados  
Igual entonces de lluvias preferidas a los ríos  
A causa del sentimiento que cae  
A diez ojos a la redonda.

En esta hora se queman las esperas  
Se cortan los peduzcos de miradas  
Vienen las orillas a hablarnos en secreto  
Y se cierran las olas con gran ruido.  
Todo está preparado desde antaño  
El alma larga descendiendo a sus venenos  
Los pasantes buscan su golondrina hipnotizada  
Descargan sus países  
Y se alejan por el ruido de sus pasos  
En esta hora de destellos iguales  
A diez ojos a la redonda  
Se muere el cielo de su leche ordeñada  
El mar no quiere decir ni una palabra más.

Igual destello de ojos en lejananza  
Igual tornura de caballos en el aire  
Igual entonces de rosas meritorias  
Igual por qué de palomas en su violín  
Igual eternidad de escalas en sueños ascendentes

Vicente HUIDOBRO.

## Un arco de piedra fría

En el lecho del río de tu sonrisa  
Las fuentes vierten las tinieblas de la noche  
Eres la vida de los cometas  
Un largo aullido que sigue tu destino  
En el blanco desierto de tu pensamiento.

Apareces ante el día boreal  
En una cena con princesas y putas  
Una joya en un cofre de princesas  
Hombres y flores a tus pies.

Eres la vida para los seres inferiores  
El gong escarlata del mandarín azul.

El poeta no trazó el rostro  
Frente al rostro fosforescente  
Que veriliera tibios horizontes  
Charlando junto a la chimenea.

Mario URZUA



## Fátima o el Affaire del Paraíso

Para comparar este inocente esfuerzo —hecho de mitologías extrañas— con la lucha elemental —de cuyo eterno desvarío comienzo a desertar— debo copiar un párrafo de mi propia vida. ¿Cuya es propia? Yo he visto deslizarse en forma interna y aseada distintos instrumentos de elección. Una luna como tajada de naranja, un príncipe vicioso, un pordiosero. Ellos pueden, completando mi pensamiento, arrancar una a una las máximas negras y proceder a la representación del acto. Pero, ¿qué acto? Mi vida propia. Como si alguien hablase de su propia respiración hasta producir el ahogo. Los actos son dimensiones absurdas de nuestro ser, dimensiones brotadas de un lugar espasmódico, donde se generan los puntos, las líneas y los ángulos. Son envolturas, aparentes en el sueño, de una capacidad de trabajo calculada solamente para el recabo de nuestro libre, espontáneo placer. Sin embargo, el acto —ese proceder un tanto extraño de la actividad exterior— termina por aniquillar su fin innato, sin darse cuenta de los grandes propósitos que lo impulsaban. Llenar una vida estéril, sin fin alicuota posible, semeja ser la mayor experiencia adquirida por nuestros semejantes. La conducta vital humana, en lo que tiene de vital y humana, parece transgredir sus propios fines. Nos vemos amenazados y este juego de las amenazas exteriores, producidas en su totalidad por una conjunción de actos ajenos, deliberados o no, prueba su fuerza homicida, empujándonos fuera de la acción que apetece. El placer ve sus cabellos blancos, sus manos arrugadas, sus ojos intactos, sin que nadie ni nada favorezca su aparición. La vida individual, por esto revela sus propias limitaciones al intervenir en la realidad, sin someterse antes a una labor de indígena, reconociendo sus propias huellas en el pasto de lo arbitrario. No obstante, el hombre, con toda su individualidad característica, abandona a los perros sus más ardientes aspiraciones, a causa de los perros no, que a causa de la misma carnaza que a estos expone. Es necesario, pues, que establezca un circuito cerrado entre su función individual y lo que hace, que es, al fin de cuentas, lo que le permiten hacer y nada más en la fluctuación de las actividades sociales. Yo someto a un análisis por fraude, a un proceso por perjurio iba a decir, a este bicho humano, que se prometió a sí mismo tantas cosas y no ha conseguido nada. Fracasen los que se raptan las lie-

lenas de su imaginación, los que abren una vía de coral a las ondinas, como lo hacen y lo harán siempre, los vanagloriados del arte. Fracasen los que buscan afanosos un filón vetado de perfeccionamiento en sus propias teorías, o los que dudan por duda académica y de sistema, frustrando así sus mejores esperanzas. El hombre queda así desprovisto de sus armas.

Pensemos en las bellas conquistas del trabajo humano, la bella canción del burgués aburrido sobre sus miasmas. El hombre ha de llevar a un cauce extraño sus mejores energías, sin pensar que este albedío lo despoja, aunque pretende defenderlo. Esta es la sangría del aburrimiento. La inteligencia —ella no se cuida de tanta miseria— le deja descansar. Que lo deje. Aquel acto que era suyo, como espuma de su intimidad, servirá de lamador para los explotadores. El predica, entonces, transformado ya en poeta o en profesor, sobre las ampliaciones del amor que circunda con sus brazos la vida humana. Como si el amor, tan altivo como es, se prestara a dignificar lo despreciable. Las bellas conquistas —con su contenido abstracto— a las cuales ya Samuel Butler comparaba con la organización biológica del hombre en lo que éste tiene de amenaza imperialista expansionista, supone una menor evaluación de la vida individual. Y el amor no considera este fracaso, porque de hacerlo así, se negaría a sí mismo.

Pensemos también en las funciones irreductibles de la lógica y en su mediación puesta al servicio de lo ontológico. Todo sistema, como toda función lógica, recaba un propósito individual. La creación de la palabra espíritu contribuye a aumentar el desacierto, planteando soluciones inverosímiles y asquerosamente salvacionistas. Toda filosofía que tienda a decorar el vacío es igual a la posición cristiana, que aun sin dios o con él, coloca al hombre en una actitud de contradicción hostil con sus propias esperanzas. Al afirmar la existencia del ser, ya suponemos su substancia lógica, y esto no puede ser sino una emanación a la manera de Plotino o una revelación agustiniana. El hombre no quiere nada con esos liricos salvadores. Ellos no podrán resolver su vida. O le agudizarán el olfato hasta negarle todo concurso con las axilas de los demás, o le tapanán los ojos con una falsa moral imperativa, hasta hacerlo transir sobre fines ideales, ay del pobre hombre. Podrá gente con las ratas. Cuando la conducta se basa



ver un sacerdote, un burgués dormido sobre los loderos de la explotación. Pero nada más.

Pensemos en los vanos intentos realizados hace cuatro siglos en Inglaterra por imponer una moral más libre. La desvinculación de la iglesia anglicana, aunque no con la misma evidente lucha económica de la reforma luterana, permite en esa época un ejercicio más suelto del pensamiento. Junto a la moral de claustro, crece otra moral, a campo abierto, donde ningún deseo del instinto se ve sofocado. Esto habla por boca del adulterio, del incesto, del crimen. Es curioso notar, que el amor —en su forma sexual más elevada— desde el punto de vista europeo, claro está, no aparece sino a través de sus planteamientos más desesperados. Dafnis y Cloe se transforman de súbito en Romeo y Julieta. ¿Se puede imaginar esta tragedia en la atmósfera de pureza casi animal que es la griega? Pero el siglo isabelino se ve aplastado rápidamente por el siglo de Milton, de Cromwell y de los cuáqueros. En esa forma se ven borradas muy pronto las frases de fuego de una Annabella o de un Muchoth en la imaginación popular donde habían sido escritas por las manos libres de los audaces moralistas de la Sirena: Ford, Tourneur, Marlowe, Kyd, Beaumont y Fletcher.

El hombre, sin embargo, ha pedido una evocación, aunque pudo permitirse la libertad de una invocación. Lo que la magia llevaba consigo de voluntad rabiosa y demoníaca de poderío, se convirtió, en las manos del ser sin esperanzas, en una religión solidificada y repugnante. Todas las direcciones adyacentes a lo místico, con todo lo de abyecto y turbio que el misticismo encierra, rinde al hombre un consejo más noble que la moral de equilibrio sano y burgués de la iglesia. El hombre no pide equilibrio. Eso se deja ver en todos los gritos del arte, desde que las euménides insultan en Eurípides hasta en las obras amargas, cargadas de desprecio, de Swift. El mal ha terminado de identificarse con el instinto mismo. Cuando debió regir el fiel de la balanza, apenas si se le dejó la punta de ésta, la que oscila precisamente sobre el Infierno.

Según nos demuestra la dialéctica materialista, sólo una sociedad dividida en clases podía favorecer la aparición de tan peregrinas teorías. El estudio del ser y la torpe adopción del dualismo platónico en sus peores y más desfavorables consecuencias, condujo a la filosofía católica a una moral de renunciamento, a una abolición de todos los problemas del instinto, la voluntad y la experiencia vital, sin que el humanismo renacentista movimiento reaccionario también él, pudiera hacer nada por modificarla. Está demás demostrado, y no es ésta la ocasión más calificada para pragmatizar, que la clase poseedora usufructuó a mansal-

va de esta situación hasta que el derrumbe de las jerarquías introdujo el caos en el aparente orden medieval. El burgués ateizado, republicano, y liberal, sirve inconscientemente a la causa de la libertad proclamada ya, como dije antes por esos atrevidos dramaturgos del siglo isabelino. La época de la razón domina y con ella el monismo materialista de La Mettrie y Holbach, los maestros del marqués de Sade, el gran precursor. Sólo este último se salva de la última arremetida del pensamiento cristiano en plena revolución francesa y que debilita a Robespierre y a los otros hombres puros, hasta obligarlos a transigir con sus aquecosos postulados. Y se ha visto después que la última arremetida fué tan vigorosa que aun conserva un impulso lo suficientemente grande como para continuar destruyendo siempre toda tentativa de reivindicación. Si la moral brotada de una sociedad sin clases impugnará la razón actual, de uso moramento intelectualista o injustificado desde el punto de vista total del hombre, yo me pregunto ¿qué no impugnará esa moral del porvenir? Para prever ese destino se necesitaría un estudio que aún no se ha hecho de la actividad humana en relación a sus nuevas posibilidades imaginativas, provenientes todas de una mayor posibilidad económica. ¿Desaparecerán los espejos refractores de sus propios propósitos, a los que aludía más arriba cuando hablaba del acto y sus retorcidas consecuencias? Pensemos un momento en esas lastimosas consecuencias y ocupemos, de paso, encima.

Toda reflexión que el hombre se permita sobre la coordinación y desarrollo de sus actos, sobre el fruto que apetece sus donos, caerá irremediablemente bajo el peso punitivo de la sociedad burguesa. La poesía y la ciencia del conocimiento, la pedagogía y toda otra forma de sociología del saber, crecerán a la sombra de las más pudorosas y, a la vez, vergonzantes restricciones. Los niños crecen bajo el mito del policano, bebiendo su propia sangre para alimentar sus sueños y en medio del concierto de las evaporaciones de los fantasmas, absolutamente morales y confrontados con el índice de la iglesia, los actos libres saltan y distribuyen su lucidez instantánea en el mundo de la obscuridad, no sólo con una finalidad más o menos sospechosa, aunque siempre las finalidades así se nos aparezcan, sino tal vez porque de esa suerte cumplen el rol más alto y revelador de que dispone el hombre. Esta materia ha sido siempre sostenida por el arte y la ciencia burguesa.

Por ingenua y simplista que esta afirmación parezca es preciso repetirla una vez más: el hombre no encuentra coartadas para explicar su crimen ante sí mismo. Ahora a todo anhelo de construcción antecede una labor destructora. El poeta, el hombre de ciencia, ha de arrancar sus donos natura-



les y darlos por artificiales. No así una tarea de siglos va a dejar de fructificar. Es imposible crear antes de podrirse. Sólo pasando a través de esa atmósfera negra de la inteligencia, amenazada, constantemente por las demandas de un instinto insatisfecho, llegamos a la negación absoluta, que, en términos dialécticos, ella sólo podrá servirnos para afirmar.

Yo me pregunto qué causa desconocida obliga a mi cerebro a usar de una mitología extraña a las corrientes de mi vida cotidiana, en un sueño de tónica política donde veo representadas las distintas contradicciones de la época en una hoz grabada sobre mi pecho y que de pronto se transforma en media luna. Y advierto con interés creciente que los diarios de esta mañana me han traído algunas noticias de Constantinopla relacionadas con la actitud de los turcos frente a los Soviets. Ya esta comprobación arroja un hilván de luz sobre mi memoria si a lo anterior añado otros fragmentos de mi vida dispersos todavía en el olvido. La ignorancia con que respondo a los estímulos del recuerdo, ya en su aspecto individual e sociológico (más tarde podrá haber un conocimiento sociológico de la memoria) me defiende de pensar en los problemas íntimos de mi sexo. Ya en un poema he tratado de vaciar este contenido discolo de la memoria que, en su forma de tragedia habitual, produce ese fenómeno regular que es el azar de los sentimientos y que abre una amplia vía a la formación del amor, como resultado asociativo del recuerdo. No veo, por ahora, otro elemento extraño en esta extraña construcción de las dos palabras, hoz, luna, excepto la relación poética inmediata que entre ellas se establece. La hoz de la luna en sangre. Sin embargo, una intención oculta prevalece y reconozco en ellas un fondo de misterio familiar, abandonado por la mano rápida del sueño en mi memoria. He ido a visitar una familia hebrea y una niña me habla de una lavandera de Scutari, a la que yo, por simple alegoría del instante aseguro conocer. Al ser interrogado por el nombre de esa lavandera turca, no me asombro de responder: Fátima, y la niña, muy sorprendida de mi conocimiento, se acerca a su padre a quien relata nuestra conversación. El padre levanta los hombros y lanza este juicio:

TODAS LAS LAVANDERAS TURCAS SE LLAMAN FATIMA.

Veo con inquietud la frase en relieve luminoso, suspendida como un aviso comercial sobre mi cabeza y adquiero la noción repentina de su perfecta autenticidad. Fátima se llamaba aquél poema que dediqué a mi novia en un período imaginativo, orientalista, de mi adolescencia y que comenzaba así: "Sus medias lunas las naranjas guardan..."

La palabra lavandera podría descomponerse, formando así la bandera, a lo que agregado lo del poema resultaría: La bandera turca con su media luna trae Fátima, o sea mi novia, la que publicaba en ese tiempo versos con aquel pseudónimo. Recuerdo que con ella discutíamos algunos puntos de vista sobre el matrimonio monógamo que lograron, separarnos más de lo conveniente. Y, en forma accidental diré: cuando nos dejamos de ver ella tocaba la marcha turca de Mozart y era una época en que yo siempre acostumbré llevar naranjas en los bolsillos. Cuando ella murió, nadie, ni yo tampoco supe cómo mi poema Fátima, FATIMA, llegó a manos de la misma niña hebrea que protagonizó también mi sueño. Y dejo a los verdaderos profesionales de la crítica del sueño, las innumerables combinaciones que se pueden obtener de esto.

Pero, ¿qué voz fundamental escogo este camino. Sin duda alguna deliberado, para mostrarme a la no simpática luz de los problemas europeos, un asunto esencialmente interno como éste? Esta correspondencia entre fenómenos de una realidad remota con la crítica subjetiva del sueño, ha de presentarnos por un momento, la visión fugaz de lo que sería el hombre, si toda su vida fuese una sola y prolongada actividad, libre de interrupción. En este rincón donde la palabra, desprovista por fin de su carácter frigorífico, calienta, su calor mágico infunde un concepto nuevo de afirmación. Acaso el corazón del hielo, esa palabra sin valor, conserva los trópicos más ardientes. Y la vida es una en el universo: un plantemiento de poderosos que desbordan de su propósito racional mecanicista.

Muchas veces el efecto se origina en causa de su propia causa dentro de la economía del alma humana. Carezco de imágenes — ellas son las únicas que pueden expresar el sentido, dirección y totalidad del universo — para proporcionarme, aunque provisoriamente, una explicación a estos hechos.

Yo he pensado muchas veces en el propósito de unidad que guía al hombre a sus propios fracasos, sin cuidarse, a pesar de la experiencia de tantos siglos, en basarlos en la exaltación de sus instintos primordiales. Todo estudio que se acerque a tan peligrosas fronteras recibe de inmediato la estigmatización sagrada de la infamia, de la que los obispos, los presidentes de las repúblicas burguesas y la gendarmería en general, no acostumbran a hacer ahorro. Los nombres de Vanlú, de Hado, de Claudelair y Nieztsche, prueban abundantemente esta aserción. Y al soñar personalmente un mundo vivo, debo por transición forzosa del pensamiento imaginario muerto. Las naturalezas heladas de Chirico, los rostros transfigurados de El



## CRIMEN A FALTA DE POESIA

Reflexionad a espejo  
tipos infames ved  
el sol quo soy  
quo partir en torrentes de cólera  
en colaboración virtuosa  
con la piedad conforme  
al rostro venerable de la buena salud  
quo peináis para decapitar  
la novia por la higiene  
del plano de la risa  
del cadáver de mujer  
declinable de la calle  
de República estatun  
a un gran capricho niña  
podrida por la elegancia  
de una conducta inmejorable  
llave de sol de alcahu  
quo el rey de corazón  
vuela en el trono del alrededor  
del alrededor a bordo del al  
de una corriente de niro de ángeles  
abrid salón para el aburrimiento  
romped la copa del encantador  
mi furor es un beso de etiqueta  
mi célebre vanidad cuya gracia  
de gala de pintura  
del gran simpático  
de cuya hermosa fealdad  
hay testigos personales  
en los ojos paraísos  
cuando su verde lluvia  
reproduce el horror  
del siguiente espectáculo  
añor  
su cabeza relámpago  
se parece a su pelo  
color de risa convertible  
en animal cuyas enfermedades  
contraídas por venganza  
tienen este probable desarrollo  
desarreglos mentales  
guardan la noche en sus propios castillos  
arcos cerrados

casas, me sirven. entonces, de idóneo banquillo pa-  
ra fincar mis pies sobre una realidad hostil a la  
superación de mis más ardientes deseos. Y dejo  
vagar mis ojos en un ambiente superior, donde las  
realidades libres, como en el seno de las Madres,  
preparan su mejor anudamiento. Esta tensión de  
espíritu puede ser la única que, al mostrarme la  
distorsión de la realidad en sus múltiples objetos

provisorios iris  
que niegan luz de cierta edad  
para regulo  
de bodas fatucidas  
compuestas en tazas preciosas  
cuyos paisajes de tú  
cuya música de ahorcados  
cuyo veneno no hace el mal  
a nadie  
a menos que la sed se llamo nadie  
entonces  
se inicia el gran concierto  
y su cabeza y mi cabeza  
vuestra cabeza llora propias perlas  
estas alhajas  
quo aprovecho con experiencia  
de vidente  
para lucirlas  
en la confección de un crimen  
a falta de poesia.

Gonzalo ROJAS

## MOMENTO POETICO

De todos los motivos que tengo frente a mis  
manos, te he elegido al azar, como a un pez obeso  
que se encuentra en la red, en el instante en que  
estabas saltando alocadamente en mis bolsillos.

Porque he llamado sobre mi mesa la fórmula  
paraguas-máquina de coser desde el camino en  
el debate de materias que describen.

No creo, además, que fueran incontables. Por-  
que ninguno me decía nada. La gran equivocación  
será no querer confesarlo a pesar de extirparse co-  
mo una muela?

Para el tener brusco, analogías calzando la lla-  
ve. Una carta de extranjeros se descifra a la som-  
bra de un alambre en el que danzan restos de co-  
metas. Calla.

Porque ella tampoco quiere confesarlo aunque  
lleve en su vientro la eternidad.

Fernando ONFRAY.

me señala. cual mascarón de proa, la otra tensión  
de los inanes, de los besos y de los sexos dellran-  
tes. Y esta tensión, comparable a lo tenebroso, al  
misterio y sus sollicitaciones extrañas, es la que  
escoge las palabras más usuales y las ejerce con  
brillantes de chispa.

Teófilo OJD



## La visibilidad de los objetos

Hemos recibido de Venezuela la Revista Nacional de Cultura que se edita allí. En los números 14-15 hay un artículo de Ramón Gómez de la Serna intitulado "Ensayo explicativo del Surrealismo" tan sucio, miserable y canallresco que no merecería ni el honor de una bofetada.

Este pobre imbécil confunde todo y, con su estilo de cocinera, trata de explicar el surrealismo, no consiguiendo otra cosa que explicar sus viejas tarras de demente.

En realidad su artículo, que pretendió ser una opinión desinteresada, no vale la pena comentarse, a no ser porque se desliza en él la baba estéril de los que tienen que plañir en bien de una poética para los curas: "Porque la gran equivocación del Surrealismo, lo que estaba demás, lo que es la venta del alma de los hombres a las coas del César o de los Cesáreos del César, es que su grupo interpretador, los herederos y postulantes de una doctrina ética, se hayan inscrito en partidos políticos, como el disolvente Comunismo. ¡Con qué derecho han llevado el arte a los comicos!"

...Con el derecho, querido desgraciado, que los surrealistas jamás te pidieron permiso para hacerlo.

Al decir esto hablo en realidad de los surrealistas, es decir de personas decentes. No de ese Neruda "que es uno de los hijos más preclaros del siglo surrealista" como tú lo dices en tu delirio confusionalista, ni de nadie que, como él, tenga más de bananica que de persona.

Ya sabemos que los escritores españoles (con excepciones brevísimas) jamás han entendido una palabra de nada. Está demás que tú trates de convencernos de esto.

Tu frase: "¡Aplástate Comunismo!" es ya la síntesis de tus explicaciones. Te recomendamos que vuelvas a sumergirte en las polleras de doña Victoria Ocampo, en donde el mundo tiene un grato olor y una bellísima perspectiva.

El otro infeliz de la lista es un señor que sale de las paginas de "El Mercurio" y "Las Últimas Noticias" (¡recomendación excelente!) a dar su opinión sobre "Mandrágora" sin que nadie se la pidiera. Nos tiene perfectamente sin cuidado lo que el señor Cuevas o su bisabuelo puedan pensar de "Mandrágora". Esta revista tiene un programa de trabajos bastante amplio que realizar para malgastar papel y tiempo en un imbécil como el señor Raúl Cuevas.

¡Y quién es este señor? Además de ser repórter de "El Mercurio", ¡quién es?

Que sea morfomano o que haya escrito un libro sobre la ciudad del opio, no nos interesa. Su necesidad de codearse lo empuja al ridículo.

Esto desgraciado se extraña que nosotros intercalemos textos de Swift en nuestra revista. El cree que Swift es un autor ilustrado y planchado para las niñas de la vida social. ¡Si siquiera hubiera reparado en las páginas que publicamos de ese autor!

No, don Raúl, Swift no es escritor para sus loras y sus lectoras. Yo puedo prestarlo, para que usted se informe de algo siquiera, un libro de Swift intitulado: "El Arte de robar a sus Patrones". En realidad este libro será útil para usted, pues usted nos da toda la impresión de ser un crido resentido y queremos ayudarlo un poco contra sus patrones de "El Mercurio".

## Ediciones Mandrágora

En estas ediciones se acaba de publicar un libro de poemas de Braulio Arenas, intitulado "El Mundo y su doble".

También en estas mismas ediciones Mandrágora se publicaron el año pasado las conferencias leídas por sus autores en la Universidad de Chile, en refutación a las opiniones que, sobre poesía, había emitido, en ese mismo local, don Raúl González Tuñón. Las conferencias son de Braulio Arenas, Teófilo Cid y Enrique Gómez y llevan por título general: "Defensa de la Poesía", y se publicaron conjuntamente con una hoja, "Defensa de la Mandrágora", en respuesta a los comentarios que las conferencias habían provocado.

En las mismas ediciones se publicó el año pasado un folleto con poemas de Braulio Arenas, Jorge Cáceres, Teófilo Cid y Enrique Gómez. Este folleto lleva una ilustración de Max Ernst y consta de cien ejemplares.

Próximamente se editará en las ediciones Mandrágora una Antología sobre la poesía en Chile. Todo el material que va en ella es absolutamente inédito y llevará un estudio de Braulio Arenas.

POR PRIMERA VEZ EN ESPAÑOL.—Dentro de poco se publicará la traducción de la importante obra del marqués de Sade: "Justina, o Los Infortunios de la Virtud", traducida por Teófilo Cid. Esta edición se hará en un número limitado de ejemplares y llevará un estudio preliminar de Enrique Gómez.

B. A.